

# L A CIUDAD

Benjamín A. Araujo Mondragón

Benjamín A. Araujo Mondragón es periodista, editor y promotor cultural. Desempeñó actividades periodísticas, culturales y editoriales en las universidades Autónoma del Estado de México, Autónoma de Querétaro, Chapingo y Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. Ha publicado *A propósito*, *Surco de palabras*, *Frontera inferior*, *Vaivén* y *Será mi asilo el mar*.

La ciudad aparece ajena a mis escombros.  
No vale ser la isla en que me han confinado,  
mis seres inmediatos, mis fantasmas distantes,  
mis multitudes en que me solazo;  
crecen delante de mí desesperanzas,  
desalientos como pulmones fatigados,  
gigantes pulmones que secretan utopías fallecidas,  
para pintar el paisaje laxo de una urbe que se fue  
antes de llenarse de decretos de abandono  
en cada uno de sus postes, en cada árbol  
con la cabeza gacha de amargura.

La ciudad es una barca desierta.  
No tiene sentido llamarla desde la noche,  
si ya sus grises días anuncian la desventura  
de este desvarío de injusticias.  
Es un naufragio colectivo la ciudad.

Nadie parece reparar en ello mientras  
corre a deshabitar las oficinas, las fábricas,  
los colegios o esos agujeros impropios  
que llaman hogares con decoro  
sólo para esas palabras huecas de dientes  
afuera, vociferantes adjetivaciones  
que esconden la desgracia que nos penetra a todos.

La ciudad es una ausencia colectiva.  
Nido de antiguas voces que sí amaron,  
desván de lentitudes para la fraternidad;  
tal vez un peso seco sobre los infortunios  
o una llama sin luz, o un viento  
calmo que nos deriva a nada y nos quita  
los gestos de las caras. Ni siquiera hay  
la lluvia para ensayar heridas compartidas.  
La ciudad es un páramo de desconfianzas.  
La eternidad de lo inacabado se anuncia  
con todos y cada uno de nuestros pasos.  
No vamos a nada, ni acudimos a nadie,  
ya no nos vemos; los espejos reflejan  
nuestras ausencias intemporales.

La ciudad, esta ciudad, es todas las ciudades.

Es todas las ciudades y ninguna.

Cada ciudad de este hoy eterno, tiempo  
que se ha detenido en la nada de nuestros destinos,  
es la condena que nos merecemos porque  
la hemos forjado con desnudo en nuestra  
apátrida espiritualidad del desconsuelo merecido  
a golpes de ceguera de nuestros puños  
desde la impotencia del sueño.

Sólo queda un grito verdadero en este  
silencio infértil que es la ciudad.

Allá, en el más recondito callejón,  
un violinista enloquecido, afiebrado,  
toca el instrumento para ver si despierta  
alguno de esos zombis que salimos  
de nuestros agujeros a correr a ningún  
lado todas las mañanas, todas, todas las  
mañanas, todas, todas, todas, semana tras semana,  
mes a mes, año tras año, tras año tras año tras año:  
hasta que dejemos de rayar este disco inmundo  
del abandono a que nos hemos confinado. •

